

Josep Rius-Camps
Diario de Teófilo

La demostración de Lucas
(Evangelio y Hechos) narrada
por Teófilo a su madre



evd

Josep Rius-Camps

Diario de Teófilo

La demostración de Lucas
(Evangelio y Hechos de los Apóstoles)
narrada por Teófilo a su madre

evd

Introducción

Raras veces un investigador se arriesga a publicar una obra de ficción. La buena acogida que entre los lectores ha tenido nuestro estudio sobre la obra de Lucas¹, así como la solicitud de explicaciones para que la situásemos en el contexto histórico y cultural en el que fue elaborada, han sido los móviles que me han impelido a hacer uso de la narrativa como género literario para representarla. Cuando el editor me comunicó que haría una tirada de 1.500 ejemplares de la *Demostració a Teòfil*, una obra cuya mitad, prescindiendo de la introducción y las notas, estaba escrita en griego, me pareció una cifra exagerada. En principio, nuestra obra pretendía dirigirse fundamentalmente al mundo académico, pero, inesperadamente, ha tenido una repercusión notable en nuestro país, hasta el punto de ser distinguida con el Premio Ciutat de Barcelona 2009, «por la calidad del lenguaje, la acertada concordancia con el texto original y la significativa aportación de este libro a la bibliografía catalana». En el momento de publicarse estas páginas, han visto ya la luz la edición en castellano, *Demostración a Teófilo*, a cargo de la misma editorial, y la edición en inglés, *Luke's Demonstration to Theophilus*, bajo el sello Bloomsbury.

¹ Lucas, *Demostración a Teófilo. Evangelio y Hechos de los Apóstoles según el Códice Beza*, edición y traducción de JOSEP RIUS-CAMPS y JENNY READ-HEIMERDINGER, Fragmenta, Barcelona 2009.

Como habrán podido comprobar los lectores de la *Demostración a Teófilo*, a Lucas nunca le pasó por la cabeza redactar un «Evangelio», ni narrar unos «Hechos de los Apóstoles». La necesidad de poder contar con un «tetramorfo», o conjunto de cuatro evangelios aceptados por la gran Iglesia para hacer frente a la proliferación de evangelios de las más diversas sectas que pululaban en los comienzos del siglo II, fue la causa responsable de desmembrar la obra de Lucas, asignando al primer volumen el género literario «evangelio» y, al segundo, estrechamente conectado con el primero, el género «hechos» o histórico. Sin embargo, el género que Lucas asignó a su obra fue el de una «demostración», consistente en proporcionar una información fiable a resultas de una investigación exhaustiva, en este caso en respuesta a las preguntas planteadas por su destinatario, el «excelentísimo Teófilo», como lo intitula Lucas en el Prólogo al dirigirle el primer volumen, y «oh Teófilo», al enviarle más tarde el segundo.

He escogido como título de la ficción literaria el de *Diario de Teófilo*. Teófilo es un personaje histórico, hijo de Anás y cuñado de Caifás, que fue sumo sacerdote en activo desde el año 37 al 41 de nuestra era. Teófilo se habría propuesto enviar a su madre un diario, en el cual le iría contando impresiones, dudas y experiencias de todo tipo, así como las reacciones de su círculo más próximo, a medida que iban leyendo, un volumen tras otro, la obra que Lucas había escrito para responder a la pregunta crucial de si Jesús, a quien su padre y su cuñado habían hecho condenar por los romanos como un sedicioso, era realmente el Mesías de Israel. En la ficción, Teófilo y su madre están separados, fuera de Israel, forzados por el exilio que habrían tenido que afrontar después de la destrucción de Jerusalén y del santuario del Templo en el año 70. A Teófilo lo he situado en las proximidades de Antioquía de Siria, donde lo habrían

acogido su nieta Juana y Susana, que se habían hecho creyentes en Jesús desde primera hora. De hecho, Lucas es el único que menciona a estas dos discípulas de Jesús, unidas a María Magdalena, como líderes del grupo femenino que, juntamente con los doce apóstoles, acompañaban a Jesús por las ciudades y aldeas donde anunciaba la buena noticia del Reino de Dios, y eran ellas las que «ponían a su servicio buena parte de sus propios bienes» (Lc 8,1-3). El hecho de haber asignado a Juana el papel de nieta de Teófilo no ha sido un simple capricho: hay indicios suficientes en la obra de Lucas para suponer que fue precisamente «Juana, la mujer de Cusa, intendente de Herodes», la que, juntamente con Susana y otras mujeres del círculo femenino, habrían dado informes fidedignos a Teófilo sobre la persona de Jesús, y le habrían movido a preguntar a Lucas, un rabino judío que «había seguido de cerca todos los acontecimientos desde los inicios» y que, al igual que Saulo, se había hecho creyente después de la muerte de Jesús, sobre «la certeza de los informes que habían llegado a sus oídos» (Lc 1,3, Prólogo). A la madre de Teófilo, según la ficción, no la he situado en ningún lugar concreto, si bien dejo entrever que se habría refugiado en Alejandría, de donde era originaria la familia.

Espero que el lector moderno se identifique con el rol que esta ficción literaria ha asignado a la madre de Teófilo y pueda distinguir entre los elementos ficticios y el contenido de la obra que Lucas redactó *ex profeso* para el sumo sacerdote Teófilo, quien no solamente experimentó en su propia carne la destrucción del Templo y de la ciudad santa de Jerusalén, y probablemente tuvo que exiliarse de la tierra prometida, sino que, arrastrado por el sentido de culpabilidad que planeaba sobre su familia, vivía angustiado y temiendo que estas primeras señales no fueran sino los dolores de parto de una catástrofe aún mayor que se cernía

sobre su pueblo. Entre los informes que habían llegado a sus oídos, había voces que clamaban por un inminente castigo divino que pondría fin a la posición privilegiada del pueblo de Israel por haber rechazado al Mesías y haberlo entregado en manos de los enemigos de Israel. Interpelado por unos y otros, se vio forzado a recurrir a alguna persona cualificada que le pudiera dar respuesta a la pregunta que tanto le angustiaba sobre si realmente Jesús era el Mesías de Israel. A menudo, se había encontrado en el pórtico real con un rabino fariseo, especialmente cuando tomaba parte en las reuniones del Sanedrín, pero su pertenencia al partido saduceo le hacía guardar las distancias con él. Teófilo sabía muy bien que entre los discípulos del gran maestro de la Ley Gamaliel había dos que se habían adherido al círculo de Jesús: Lucas y Saulo, y que, por tanto, eran las personas más cualificadas para darle informaciones válidas sobre la persona de Jesús y sobre su mensaje. Sin embargo, desde su propio punto de vista saduceo, a Saulo, tanto antes como después de su conversión al cristianismo, lo consideraba demasiado fanático como para obtener una respuesta convincente de él, y prefirió dirigirse a Lucas, de quien le constaba que había albergado siempre una cierta simpatía por aquel movimiento y se había hecho creyente.

Lucas se tomó un tiempo considerable para investigar a fondo los hechos que habían ocurrido y, después de consultar a numerosos testigos oculares del movimiento de Jesús, tomó la decisión de escribir a Teófilo, «con precisión y de manera ordenada», una respuesta en dos volúmenes, a fin de que él mismo pudiera comprobar que buena parte de los informes que habían llegado a sus oídos eran ciertos, pero dejándole bien claro al mismo tiempo que no se debía de preocupar en absoluto por un inminente castigo divino, que agravaría aún más su precaria situación. Tomando como

base el evangelio de Marcos, uno de los testigos oculares que la comunidad creyente consideraba que había llegado a ser «garante de la Palabra», redactó un primer volumen en el que describía el perfil de la persona de Jesús partiendo de su filiación a la corriente promovida por Juan Bautista –que se había presentado como su precursor– y de la experiencia fundamental de que él era el Mesías que todos esperaban. Esta experiencia le lleva posteriormente a distanciarse del Bautista, a fin de dilucidar, dadas las circunstancias y las reacciones contrarias que suscitaba entre los dirigentes de Israel, cómo debería presentarse. Incomprendido tanto por sus familiares como por el grupo de discípulos que se había ido formando a su alrededor, pronto se vio abocado a refugiarse en la marginalidad y a fiarse de una serie de personas que, por diferentes motivos, se habían adherido sin fisuras a su proyecto, entre las cuales figuraban precisamente las mujeres que habían producido un gran impacto en la persona de Teófilo: Juana y Susana.

Previendo que Teófilo tendría también enormes problemas para aceptar un Mesías que había fracasado como si fuese un facineroso, decidió redactarle, en un segundo volumen, el lentísimo proceso de clarificación que se verificó, después de la muerte y resurrección de Jesús, entre algunos de sus discípulos más cualificados, sin dejar de narrarle circunstanciadamente las tensiones que se produjeron en el seno de las primeras comunidades creyentes. A fin de que Teófilo pudiese hacerse una idea cabal sobre las múltiples y variadas pruebas que tuvieron que superarse para que la misión universal que Jesús había encomendado a los Once, momentos antes de su ascensión, pudiese llegar a buen puerto, seleccionó tres personajes representativos de otros tantos estamentos bien diferenciados: Felipe, Saulo y Pedro, perteneciente el primero a la Iglesia helenista, el segundo a

la facción farisea, y el tercero a la Iglesia autóctona hebrea. Una vez que cada uno de los tres personajes señalados llegó a comprender cuál era la misión que le había sido encomendada y cómo la debía llevar a cabo bajo la guía del Espíritu, Lucas puso punto y final al seguimiento que había hecho de ellos. En el presente diario personal puesto en boca de Teófilo, el lector moderno podrá comprobar, a partir del perfil que Lucas va trazando de estos tres personajes, las enormes dificultades que tuvieron que superar hasta que llegaron a comprender el alcance universal del mesianismo de Jesús.

Por primera vez en la historia milenaria del texto de los evangelios, hemos podido presentar la obra de Lucas en dos volúmenes perfectamente acoplados bajo un solo título: *Demostración a Teófilo*. Como texto base nos serviremos de uno de los códices unciales más importantes, pertenecientes todos al siglo IV; concretamente, de un códice bilingüe en griego y latín que podríamos calificar de «endémico» por las poquísimas influencias que sufrió, a lo largo de su transmisión, por parte del texto que llegó a ser dominante en el área mediterránea.

De los datos consignados en la *Carta de los confesores de Viena y de Lyon* que los misioneros supervivientes de la persecución que había diezmando la Iglesia de Lyon en el año 177 enviaron a las comunidades madres, deducimos que, en el primer tercio del siglo II, unas comunidades misioneras afincadas en las provincias de Asia y Frigia habían decidido abrir un nuevo campo de misión en las Galias, llevando con ellas un texto muy arcaico. Tenemos constancia de este texto prototipo en las vetustísimas traducciones latinas, siríacas, siropalestineses y coptas que se realizaron a lo largo de los siglos II y III.

Tanto la *Demostración a Teófilo* compuesta por Lucas como este diario que Teófilo dirige a su madre se apoyan

sobre este códice bilingüe, griego y latino, escrito sobre pergamino, que se remonta al siglo IV, conocido entre los estudiosos con el nombre de Códice Beza. La historia de este códice tan singular se puede resumir en pocas líneas: en el año 1562, con motivo de las guerras de religión entre los papistas y los hugonotes, estos se apoderaron de la ciudad de Lyon, quemando iglesias y conventos. Previendo su posible destrucción, el calvinista francés Teodoro de Beza, amigo personal de Calvino, lo hizo rescatar de la cripta del cenobio de San Ireneo y lo estudió a fondo en su exilio de Ginebra. Al observar la gran discrepancia que había entre este códice, sobre todo en lo referente a la obra de Lucas, y otros códices antiquísimos, y que esto podría ofender a algunos, prefirió no publicarlo y lo entregó, en el año 1581, juntamente con una carta personal suya, a las autoridades de la Academia de Cambridge, para que lo conservaran «bajo siete llaves» en su biblioteca, donde lo hemos podido consultar. De aquí viene el nombre por el que se le conoce: *Codex Bezae Cantabrigensis* (D 05/d 5). Es el texto griego que, sin sufrir notables armonizaciones con el texto dominante, editamos acompañado de la traducción primero catalana y, posteriormente, castellana e inglesa. Desde el siglo II habrían reemplazado el texto primitivo de Lucas, que se conservó en el Códice Beza, por dos razones principales: a medida que la Iglesia tomaba distancia respecto a sus raíces judías y reunía en su seno cada vez más creyentes venidos del paganismo, sin ningún contacto ni conocimientos del mundo judío, los editores del texto habrían tratado de eliminar las alusiones sutiles y complejas de las tradiciones judías, sobre todo las que se conservaban en las tradiciones orales. Por otro lado, frente a los ataques de los herejes, habrían corregido la presentación crítica que hacía Lucas de los apóstoles, incluso de Pablo, con tal de mostrar que los fundadores

de la Iglesia habían entendido perfectamente y desde el comienzo el mensaje de Jesús, es decir, no podían permitir que se equivocasen.

Teniendo presente que el Códice Beza contiene los cuatro evangelios y los Hechos de los Apóstoles, y después de haber analizado al detalle el texto de los Hechos de los Apóstoles, editado en cuatro volúmenes en inglés y traducido en dos volúmenes al castellano², y de haber identificado tres redacciones sucesivas en el evangelio de Marcos³, podemos afirmar con conocimiento de causa, sobre todo por motivos de crítica interna y por su fidelidad a tradiciones judías orales y escritas, que el Códice Beza contiene un texto griego más cercano a los originales que la mayoría de códices de la tradición alejandrina.

Este *Diario de Teófilo* tiene como única ambición poner en manos de los lectores modernos un guion que facilite la comprensión de la obra de Lucas. Tengo plena confianza en que los lectores sabrán distinguir la parte de ficción literaria, de los contenidos que –lo repito– «con precisión y de manera ordenada» entregó Lucas al «excelentísimo Teófilo» para que «comprobase la certeza de las informaciones que habían llegado a sus oídos». A diferencia de un comentario académico, pretende servir de guion de fácil lectura para que los lectores se vayan introduciendo en la obra de uno de

² JOSEP RIUS-CAMPS y JENNY READ-HEIMERDINGER, *The message of Acts in Codex Bezae. A comparison with the Alexandrian Tradition*, T&T Clark, Londres / Nueva York 2004-2009; *El mensaje de los Hechos de los Apóstoles en el Códice Beza. Una comparación con la tradición alejandrina*, Verbo Divino, Estella 2009-2010.

³ JOSEP RIUS-CAMPS, *El evangelio de Marcos: etapas de su redacción. Redacción jerosolimitana, refundición a partir de Chipre, redacción final en Roma o Alejandría*, Verbo Divino, Estella 2008.

los más grandes investigadores de los hechos y de los dichos de Jesús. Las citas literales han sido tomadas de la *Demonstración a Teófilo*; las referencias bíblicas correspondientes el lector las encontrará al inicio de cada capítulo.

La redacción del presente *Diario de Teófilo* no habría sido posible sin el ánimo constante de personas y pequeñas comunidades con quienes, mientras los concebía, iba comentando los primeros esbozos para pulsar si tenía sentido, si valía la pena redactarlo y si podría convertirse en una herramienta útil para acercar la obra de Lucas a los lectores modernos. Espero, en parte al menos, haberlo conseguido. De una manera especial, quiero agradecer la primera lectura que hicieron Jenny Read-Heimerdinger, los editores Ignasi Moreta e Inés Castel-Branco, y los redactores del glosario, Rodolf Puigollers y Enric Muñarch. El hecho de poder vivir en Sant Pere de Reixac, desde donde se divisa la llanura del Vallés convertida en un núcleo impresionante de comunicaciones, y de entrar en contacto con personas llegadas de los alrededores, e interesadas en conocer a fondo la obra de Lucas, me ha impulsado a servirme de la técnica literaria de un diario novelado a modo de un *zoom* que la aproximara y la hiciera accesible a aquellos posibles lectores que veía desde lejos que pasaban raudos, recludos en minúsculos habitáculos, para que encontrasen la manera de detenerse un momento para leerla y pudiesen comprobar, como hizo Teófilo, que las informaciones que Lucas nos entrega sobre la persona de Jesús y su mensaje son ciertas y convincentes.

QUERIDA MADRE, hace ya más de dos años que tuvimos que abandonar precipitadamente Israel, con la ciudad de Jerusalén medio en ruinas y el santuario del Templo expoliado y destruido, viendo cómo los vencedores se llevaban los vasos más sagrados como objeto de un botín de guerra y eran presentados en Roma con gran pompa y fastuosidad. No te he escrito hasta ahora, pues tenía necesidad de encontrarme conmigo mismo, en medio del gran silencio que acompaña a la derrota. Susana y mi nieta Juana, la mujer de Cusa, el que fue intendente de Herodes, me acogieron y, secretamente, para no levantar sospechas, nos cobijamos en una casa que tienen a las afueras de Antioquía; no manifestaron nunca ni una pizca de resentimiento contra nuestra familia, responsable según ellas de haber entregado a Jesús a las autoridades romanas. Como muy bien sabes, por el gran revuelo que ocasionó en el seno de nuestra gran familia y conocidos, se unieron plenamente, desde los inicios, a la causa de aquel que nosotros considerábamos un impostor, haciéndose discípulas suyas y poniendo toda su fortuna al servicio de su grupo. En las sucesivas conversaciones que hemos mantenido, me han asegurado que ellas no solamente le acompañaron hasta el Gólgota y presenciaron su horrible ejecución, sino que, días después, tuvieron la sorprendente experiencia de que estaba vivo, aunque ni sus discípulos las creyeron, pues, al ser palabras de mujeres, las consideraron un delirio. Pero, a mí, sus informaciones de viva voz sobre el Nazareno me han abrumado incluso más que la propia destrucción del Templo; tanto es así que, por mi forma-

ción saducea, nunca me había planteado que pudiese haber una vida después de la muerte. Por otra parte, perseguido siempre por el remordimiento de no haber hecho todo lo que estaba en mi mano cuando, años después de su muerte, ejercí como sumo sacerdote, a fin de evitar la ya entonces más que previsible gran catástrofe, gracias a ellas he podido contactar con un rabino judío que se hizo creyente, Lucas, un helenista oriundo de Antioquía de Pisidia, formado en la escuela del gran maestro Gamaliel juntamente con aquel fanático fariseo llamado Saulo, natural de Tarso de Cilicia. Los cristianos, muy numerosos en la capital de Siria, judíos en su mayoría, y a los que se han adherido también muchos paganos, hacen correr rumores diciendo que la destrucción de Jerusalén y del Templo no representa otra cosa que los dolores de parto de la venganza divina que caerá bien pronto sobre nuestro pueblo. Yo he pedido a Lucas, como buen conocedor de todo este movimiento, que me responda a la pregunta de si Jesús, a quien mi padre Anás y mi cuñado Caifás entregaron a los romanos para que fuese crucificado como un vulgar alborotador, era realmente el Mesías de Israel y si estos rumores tienen consistencia. Como puedes comprobar, madre, mi situación es muy angustiosa y no sé si saldré airoso de ella. No quisiera abrumarte también a ti en tu ancianidad, ni hacer ningún juicio negativo sobre el comportamiento de mi padre, a quien espero que el Santo, bendito sea, le haya acogido en su misericordia.

Lucas acaba de enviarme el primero de los dos volúmenes que –según me dice– había previsto escribir para atender mi solicitud, y ya se ha puesto a redactar el segundo, que espera terminar pronto; en ellos se propone darme, después de haber investigado todo a fondo, una respuesta seria a las preguntas que yo le había planteado. En el momento en que te escribo, únicamente he leído el prólogo que ha

dispuesto, según me indica él mismo, como introducción a la totalidad de la obra. Te lo transcribo, comentando los contenidos cuando lo he creído necesario, para que de este modo te sea más comprensible.

1

Lc 1,1-4

Lucas ha redactado el prólogo, querida madre, con un estilo muy pulido. Se podría parangonar con los mejores autores de la literatura griega.

COMIENZA ASÍ EL PRÓLOGO: «Dado que muchos han emprendido la tarea de poner en orden un relato sobre los hechos que se han verificado entre nosotros...». Lucas hace referencia a los numerosos intentos que los primeros creyentes en Jesús hicieron para poner por escrito las diversas presentaciones de su persona y de su obra. Yo, hasta ahora, solo había oído hablar de la obra de Juan Marcos, un predicador que, según Lucas, fue testigo ocular, desde los inicios, de la actividad de Jesús, contribuyendo con su enseñanza a la creación de las primeras comunidades creyentes. No he tenido en mi poder este escrito, pero Lucas lo ha utilizado como base para elaborar la respuesta que me está redactando. Después de él han sido muchos los que, sirviéndose de su obra, han compuesto obras semejantes para ser leídas en público durante las reuniones semanales que se celebran en casas particulares el primer día de la semana, día en que, según ellos, Jesús resucitó de la muerte. De hecho, se están separando de nuestras sinagogas y de las prácticas fariseas y, si bien aceptan y comentan, como hacemos nosotros, la Torá y los Profetas, centran su predicación en el anuncio de

la Buena Nueva que les ha dado Jesús. Las pequeñas comunidades se van transmitiendo sus escritos, haciendo copias de ellos para su servicio litúrgico.

Lucas me asegura que, si bien él no fue testigo ocular de la actividad de Jesús, «había seguido de cerca todos los acontecimientos desde los inicios», aprovechando la atalaya que le proporcionaba el hecho de vivir en la ciudad santa y de poder recibir informaciones fidedignas sobre este personaje y el movimiento que inició en Galilea y completó en Jerusalén. Yo había visto a Lucas en más de una ocasión paseándose por los atrios del Templo, pero no contacté nunca con él, pues, por el hecho de pertenecer nosotros al círculo saduceo, vivíamos bastante distanciados del partido fariseo, al que tanto él como Nicodemo pertenecían. Lucas me había hablado de otro personaje conocido, José de Arimatea, miembro del Sanedrín, que también se hizo discípulo de Jesús, si bien a escondidas, por miedo a las autoridades judías, que consideraban a Jesús como un facineroso.

Después de haber investigado todo a fondo, Lucas me asevera que se ha «decidido a escribirme con rigor y de manera ordenada», a fin de que yo pueda «comprobar la certeza de las informaciones que han llegado a mis oídos». Te he de confesar, madre, que leyendo en voz alta el título con el que se dirige a mí, «excelentísimo Teófilo», en el seno del círculo de amigos que nos reunimos cada *sabbath* para comentar esta respuesta, se me han removido las entrañas y, en un instante, han pasado delante de mí una serie de escenas pertenecientes al tiempo, que no volverá jamás, en que ejercí el cargo de sumo sacerdote en el Templo.

Pensamos leer con mucho detenimiento la respuesta que ha puesto en nuestras manos, conscientes de que ha pasado meses y meses redactándola. Te iré hablando en una especie de diario, del cual hoy justamente he iniciado la primera

página. Espero que volvamos a vernos pronto, cuando se hayan serenado los ánimos, y podamos algún día compartir estas enseñanzas. Te escribo en la lengua que mamé de pequeño, gracias a la cual he podido relacionarme con personas que viven en la diáspora, donde hemos encontrado resguardo mi familia y yo. Quién me hubiera dicho que el nombre de Alejandro, que me pusisteis cuando fui circuncidado, y, sobre todo, el sobrenombre de Teófilo, con el que familiarmente me designáis, me abrirían las puertas a un mundo desconocido para mí hasta ahora. Tu hijo que tanto te quiere, Alejandro Teófilo.

2

Lc 1,5-25

AL ABRIR EL PRIMER VOLUMEN, querida madre, me ha sorprendido que el Templo de Jerusalén presidiese la obertura. Lucas me ha hecho viajar en el tiempo, situándome en los días de Herodes, el gran rey de Judea, y ha procurado ganarse mi atención presentándome una familia sacerdotal como la nuestra, si bien de rango inferior, a la que pertenecía cierto sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abdías, que tenía una mujer descendiente de las hijas de Aarón, cuyo nombre era Elisabet. Por la manera en que los describe, he recordado la historia de los padres de Israel, Abrahán y Sara, quienes, a pesar de su vejez y de la esterilidad de ella, dieron a luz un hijo, Isaac: «Ambos eran justos a los ojos de Dios, procedían en el cumplimiento de todos los preceptos y prescripciones del Señor irreprochables y no tenían hijos, por el hecho de que Elisabet era estéril y ambos proyectos en sus días». En la obertura de la obra, Lucas muestra, pues, un especial interés en situar la primera escena en el Templo

de Jerusalén y en recalcar, al final del primer volumen, que tengo en mis manos, que los discípulos de Jesús «estaban continuamente en el Templo alabando a Dios».

De repente, me ha hecho retroceder en el tiempo, y me ha recordado aquellos años sublimes en los que, todos los días, asistía a la oración matutina y vespertina, inflamándose con el aroma del incienso, que elevaba a la presencia de Dios las oraciones del pueblo de Israel: «Sucedió que, mientras Zacarías oficiaba en el rango de su turno ministerial en la presencia de Dios, según el ritual del sacerdocio le tocó en suerte ofrecer el incienso una vez hubo entrado en el santuario de Dios; toda la asamblea del pueblo estaba orando fuera, a la hora del rito del incienso». Para cualquiera de los miles de sacerdotes que, por turno, oficiaban en el Templo, la posibilidad de entrar en el santuario era la máxima aspiración de su vida, pues la mayoría de ellos no tendría nunca la suerte que tuvo Zacarías. Cuando yo oficiaba como sumo sacerdote, me los encontraba con frecuencia y les hablaba, y así procuraba romper el hielo que la abismal diferencia de clases había consolidado, desgraciadamente, entre nuestro estamento y el de los simples sacerdotes. Doy gracias al Santo, bendito sea, por las malas pasadas que tuve que soportar de joven por parte de los hebreos autóctonos, por el hecho de tener un nombre griego y vínculos familiares con la diáspora, puesto que eso me ha ayudado a abrirme a los otros y a superar situaciones tan difíciles como las que estamos viviendo ahora.

Zacarías, sin embargo, no debía de ser muy consciente de la función que estaba ejerciendo; de otro modo, no se habría asustado al ver que un ángel se le había aparecido a la derecha del altar del incienso. Actuaría rutinariamente, como tan a menudo me pasaba a mí, y ya no se creía que la súplica que mil veces había dirigido a Dios para tener

descendencia, algún día sería escuchada. Por eso, el ángel del Señor lo tuvo que serenar: «No temas, Zacarías, que tu ruego ha sido escuchado: tu mujer, Elisabet, parirá un hijo, y le pondrás de nombre Juan». El anuncio que le hizo el ángel sobre el papel que representaría su hijo: «Se adelantará ante Dios con el espíritu y el poder de Elías... para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto», es lógico que le dejara anonadado. Elías, como tú muy bien sabes, según una antigua tradición, tenía que preceder a la venida del Mesías, a fin de prepararlo todo. Lo que ya no es tan lógico es que no se creyera las palabras del mensajero, cosa que comportó que el ángel se viese obligado a presentarle sus credenciales como mensajero celestial, a revelarle su nombre y advertirle que se quedaría mudo, sin poder hablar hasta el momento en que llegara su cumplimiento: «Yo soy Gabriel, el que está de pie en presencia de Dios; he sido enviado para hablar contigo y anunciarte esta buena noticia. Pues, ¡mira!, te quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día que esto suceda, porque no has dado fe a mis palabras, que se cumplirán en su momento».

Cuando leo todo esto, pienso que habría sido bueno que nuestras jerarquías hubiesen enmudecido antes de que los romanos hicieran callar las piedras, por no habernos tomado en serio las tareas que nos han sido confiadas.

3

Lc 1,26-38

COMO SI ME DESPERTARA DE UN SUEÑO, madre, de repente, con un cambio brusco de escenario, Lucas me ha transportado ahora en el espacio. No revela, de momento, el nom-

bre de la ciudad, ni ha puesto el acento en el nombre de la región (emplea un adjetivo para introducirla), pues ha querido que fijara mi atención en el personaje femenino que presidirá la escena, una joven del pueblo: «En el sexto mes» de la concepción de Juan en el seno de Elisabet «fue enviado el ángel Gabriel por Dios a una ciudad galilea, a una joven desposada con un hombre que tenía por nombre José, de la casa de David; el nombre de la joven era Mariam». El mismo ángel Gabriel hace de intermediario entre Dios y el pueblo de Israel, representado figuradamente por Zacarías y Elisabet, ambos del linaje sacerdotal, y entre Mariam, perteneciente al mismo linaje, y un tal José, descendiente del linaje de David. Dos parejas bien diferenciadas y contrastadas, envejecida una y recién prometida en matrimonio la otra. En cambio, no veo claro, de momento, qué me quiere decir con el seudónimo de José («que tenía por nombre José»), con lo que parece que quiere esconder su nombre real. Tal vez más adelante encontraré más información; si no, tendré que pedirle que me lo aclare. Por lo que me dice, se trata de una pareja ya legalmente comprometida, pero que aún no viven juntos, como es costumbre entre nosotros.

El ángel la saluda con un tono muy entusiasta: «¡Alégrate, plenamente favorecida, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres!». Mariam se turbó, igual que Zacarías, al oírlo, pero no se cerró al anuncio angélico, sino que se puso a discurrir en su interior qué tipo de salutación sería aquella. El cambio de su nombre hebreo, Mariam, por el nombre helenizado, María, está indicando que se ha producido en ella una transformación muy profunda: «No temas, María, que has encontrado gracia cerca de Dios. Pues, ¡mira!, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás el nombre de Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Y rei-

nará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin». Lucas deja bien claro que el trono de David no lo heredará por el hecho de que José provenga de «la casa de David», sino porque «el Señor Dios le dará el trono de David». Por eso, también precisa a continuación que María recibe el anuncio apenas había sido desposada y cuando todavía no había conocido varón. Para responder a la pregunta que María se hacía sobre «¿cómo sucederá esto?», la imagen que emplea el ángel: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, también el hijo que nacerá será llamado Consagrado, Hijo de Dios», me recuerda la nube que cubría el tabernáculo mientras el pueblo de Israel caminaba por el desierto, y que era un signo de la presencia del Santo, bendito sea.

Todo este lenguaje nos es familiar, madre, pero no deja de intrigarme. A medida que voy siguiendo el planteamiento de Lucas, me doy cuenta de que no podía responder con un «sí» o un «no» a la pregunta que inicialmente yo le planteé, y menos ahora, cuando, por culpa de tantos falsos mesías que se han levantado contra el Imperio, casi se están desvaneciendo nuestros signos de identidad e incluso la misma noción de Mesías de Israel aparece cada vez más como una utopía. Pero Dios no se echa atrás frente a los obstáculos que se interponen a su proyecto. Por eso, Gabriel asegura a María que la concepción de un hijo por parte de Elisabet, su parienta, en su vejez, a pesar de que la consideraban estéril, es un signo de que para Dios nada es imposible. Como buen rabino, Lucas conoce a la perfección la simbología de los números y la fuerza del quiasmo. El hecho de insistir, al comienzo y al final de la escena, entrecruzando los términos, en que la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo tuvo lugar «el sexto mes / el mes sexto» de la concepción de Juan, me lleva a relacionarlo

con el sexto día de la creación del hombre y la mujer por obra del mismo Espíritu de Dios que planeaba sobre las aguas primordiales. Asimismo, las respectivas expresiones con que el ángel lo presenta a María, «será grande, se llamará Hijo del Altísimo, será llamado Consagrado, Hijo de Dios», todas ellas en futuro, chocan con la terrorífica visión que tuvimos nosotros del presunto Mesías de Israel colgado en un patíbulo. Supongo que a ti te sucede lo mismo que a mí: se me hace un nudo en la garganta.

4

Lc 1,41-56

NOS HA SORPRENDIDO, querida madre, que María, tan pronto como ha quedado encinta, se fuera apresuradamente por la sierra a una ciudad de Judá, a visitar a Elisabet y a ponerse a su servicio. ¡Qué escena tan humana, madre! El encuentro de las dos madres embarazadas hizo saltar de alegría a la criatura en el vientre de Elisabet e hizo que se llenara de Espíritu Santo. El canto que Lucas pone en boca de María es un clamor subversivo, es la voz del pueblo sencillo, humillado y esclavizado de nuevo en su tierra:

*Magnifica mi alma al Señor
y ha exultado mi espíritu en Dios, mi Salvador,
porque el Señor se ha fijado en la humillación de su esclava.
Pues, ¡mira!, desde ahora me felicitarán todas las generaciones...
Dios ha hecho obras potentes con su brazo
y ha dispersado a los arrogantes con sus propios planes.
Ha derribado a los soberanos de sus tronos
y ha exaltado a los humillados.
A los hambrientos los ha colmado de bienes
y a los ricos los ha despedido de vacío.*